

Los Libros

“BARRABÁS”, novela por *Pär Lagerkvist*, Emecé, Bs. As., 1952

El último Premio Nobel de Literatura nació en Vaxjo, Suecia, en 1891. La concesión de tan alta recompensa fué una sorpresa para el público literario americano que lo desconocía casi por completo. Lagerkvist, empero, publicó su primera obra “Angustia” en 1916. El desconocimiento se explica por la falta de traducciones de este autor a lenguas más asequibles al lector medio y por la timidez de los editores que sólo se arriesgan ante pingües ganancias respaldadas por famosas recompensas.

Lagerkvist empezó a ser ampliamente leído en Europa sólo después de 1944, año de su novela “El enano”. Antes publicó “Caos” (1919) y se dedicó con éxito a escribir obras dramáticas. En 1950 publica en su idioma “Barrabás” y un año después lo consagra mundialmente el Premio Nobel de Literatura que concede la Academia Sueca, de la que es activo miembro desde 1940.

La novela cuya publicación comentamos, apareció en francés a fines de 1950 en la Colección Escandinava que mantiene la Librairie Stock, de París; dicha versión es la ahora traducida al castellano, pero a pesar del largo ajetreo lingüístico conserva todos los atri-

butos que hicieron decir a otro Premio Nobel, ya muerto, André Gide: "No dudemos: el "Barrabás" de Pär Lagerkvist es un libro extraordinario . . ."

Antes que ninguna otra condición hay que reconocer en Lagerkvist la potencia extraordinaria para presentar los conflictos del alma; hace recordar a veces a ese otro gran escandinavo—atormentado poeta del hombre y la soledad—recién desaparecido: Knut Hamsun.

Si por efecto de dos traducciones no podemos apreciar directamente las bondades estilísticas del escritor, en cambio nos sumergimos en un mundo novelesco originalísimo. Hay una reconstitución de época y ambiente realizada maestramente, sin el farragoso aparato histórico de "Quo Vadis", o, más modernamente, del norteamericano Lloyd Douglas.

En una época literaria crítica como la que vivimos, en que a un mundo imaginario agónico sucede la literatura de *testimonio*, este "Barrabás" significa mucho en originalidad y empresa. El tema podría, fácilmente, despeñarse hacia otros caminos.

Pero aquí apasiona.

El argumento es poético, nuevo: terminado el juicio que siguen a Cristo sus acusadores y condenado ya a la crucifixión, su muerte sirve para liberar a Barrabás, bandolero jerosomitano. ¿Qué experimenta éste, hacia donde va, qué piensa del hombre a cuya muerte debe la vida que recién empieza? El bandido encamina sus pasos hacia el monte Gólgota; allí, clavados en unas cruces de tosca madera, por cuyas rugosidades se escurren el sudor y la sangre confundidos, están Jesucristo, el Buen y el Mal Ladrón. Los ojos agónicos vagan por el cielo enrojecido buscando un asidero consolador; sólo uno de los tres sufre resignado y silencioso—en la desvelada luna de sus pupilas agoniza con él el mundo—; Barrabás lo contempla no sin sentir un estremecimiento, como si él mismo se mirara morir:

"Parado ya en el lugar del suplicio, observaba a Aquél que estaba clavado en la cruz del medio, sin poder retirar la mirada. En realidad, no había tenido intención de subir hasta allí, pues todo en el sitio era sucio, lleno de inmundicias . . . ¿Por qué, pues, se que-

“daba. ¿No conocía a aquel hombre y no tenía nada que *ver* con él?
“¿Qué hacía en el Gólgata, él, que había sido liberado?”

“El crucificado respiraba con dificultad y su cabeza colgaba hacia adelante. Poca vida debía de quedarle. No era un mocetón. El cuerpo era magro y endeble, y los brazos finos, como si nunca hubieran sido usados. Era un hombre extraño, de barba escasa y poco sin vellos, como el de un adolescente” (pág. 18).

Tras la presencia de Barrabás hay una pintura que trasciende hacia lo típico o tipológico; la del incrédulo, el hombre atenaceado por la duda racional, sea cual fuere su medio religioso. El autor no hace la apología de este tipo ni lo guían razones extraliterarias. Parece ser—por lo vital y sinceramente expresado—el problema que alguna vez ha vivido el novelista. Y, si se quiere, es una novela-poema sobre la incredulidad vencida.

Junto a Barrabás arden llamas de fe que no lo alcanzan. Ve morir lapidada, pero en luz de creencia, a “la mujer del labio leporino”, de vida non santa y, después, a su compañero de esclavitud, Sahak, prototipo antagónico del hombre que *necesita* y *quiere* creer; éste también es crucificado por no renegar de su fe. Barrabás sigue incrédulo, sufriendo.

Le *cuesta* creer.

Sólo hacia el final de su vida, cuando participa en el frustrado incendio de Roma—a donde lo llevara su amo, el procurador—siente que su pecho se abre para recibir algo de que antes carecía.

No era tarde, por suerte. Ahora entiende lo que antes le estaba negado. Anciano ya, acusado de incendiario y de cristiano, llega con otros condenados a un lugar que le recuerda el monte donde contempló a Cristo con ojos curiosos e indiferentes.

Pero ahora lleva su propia cruz.

“... Cuando sintió llegar la muerte, a la que siempre había tenido miedo, dijo en las tinieblas, como si a ellas hablase:

“—A ti encomiendo mi espíritu.

“Y entregó su alma”.

Sencillas, inolvidables páginas.

Sobriedad, hondura de análisis espiritual, maestría técnica en un tema difícil y no explotado, son los rasgos más notorios de esta sencilla novela extraordinaria que confirma los méritos del escritor sueco, hasta ayer desconocido por nosotros.—JUAN LOVELUCK.

■

ERNESTO MONTENEGRO, CRÍTICO CHILENO

Ernesto Montenegro es hoy por hoy el mejor crítico de Chile. Empiezo con esta afirmación dogmática porque la crítica chilena está en manos de tres o cuatro “críticos oficiales” cuyos nombres son bien conocidos. Existe entonces el peligro de que un escritor como Montenegro, que ha vivido muchos años fuera de Chile, que ha hecho trabajos de traductor y de folclorista, sea postergado o colocado al margen de la historia literaria.

Los años que Montenegro ha estado fuera de su patria le han servido para adquirir una cultura superior, para enfocar los problemas artísticos con un criterio universal, para no dejarse influenciar por los pequeños intereses y ambiciones de grupo, para no caer en el pantano de la política literaria. Este hecho ha quedado claramente demostrado en las decisiones de los certámenes en que ha tomado parte y en la distribución de premios nacionales y municipales que ya empezaban a constituir una vergüenza nacional.

Su actitud independiente y justiciera, manifestada en forma especial en el premio adjudicado a González Vera, coloca a este escritor en un plano moral envidiable y ofrece a los escritores jóvenes una garantía de honradez sin la cual no es posible que una literatura florezca como resultado de la vida de un país. En países como